

El infierno es una bestia callada y triste

(trilogía)



El infierno es una bestia callada y triste

(trilogía)

Diego Roel



de todos los mares

Editorial detodoslosmares
Rivadavia 381 local 3
(5184) Capilla del Monte – Córdoba – Argentina
e-mail detodoslosmares.editorial@gmail.com

© 2020 Diego Roel
e-mail diegojroel@gmail.com

© 2020 Editorialdetodoslosmares

Ilustración: María Licciardo
Diseño de tapa: Leda Rensin

ISBN 978-987-47236-2-8

Queda hecho el depósito que marca la Ley número 11.723
Impreso en la Argentina

Libro de edición argentina

Roel, Diego

El infierno es una bestia callada y triste : trilogía / Diego Roel ; ilustrado por María Licciardo ; prólogo de Inés Aráoz ; Gerardo Burton. - 1a ed compendiada. - Capilla del Monte : Detodoslosmares, 2020.

164p. :il. ; 21 x 15 cm. - (Astrolabio ; 12)

ISBN 978-987-47236-2-8

1. Poesía Argentina. I. Licciardo, María, ilus. II. Aráoz, Inés, prolog. III. Burton, Gerardo, prolog. IV. Título.

CDD A861

CARTA A DIEGO ROEL A MODO DE PRÓLOGO PARA SU TRILOGÍA (DICE JONÁS / VIA LUCIS / KYRIOS)

Si fuera yo quién para prologar este libro, más que libro pareceme piedra al rojo vivo, espesura de lava abriéndose paso en lo que llamas Exilio. Y que puedo ver y sin embargo tocar con ojos y oídos, orden del mundo a un tiempo gerundio y cumplido. He sido Jonás, he sido gran pez, aguas de mar y de río. He sido Exilio. Hablo **“de aquello que sostiene todas las cosas. / Hablo de lo que nadie quiere hablar.”**

Y también: ¿Quién sino yo más que yo querría rescatar, una a una, tus palabras? (**“Somos los habitantes de los valles y montes del cielo, / los emisarios del esplendor”**) cuando, en verdad, *una bestia callada y triste es el infierno.*

“Como un potente nadador” atraviesas el mar en un segundo. Sé que lo haces porque te veo con el ojo del entrecejo. Y extranjero, en la otra orilla, llena tu boca de palabras y pura alegría, me miras, orondo, como si hubieras atrapado *el gesto de la belleza de la muerte.*

Inés Aráoz, en la Casa-Barco, noviembre 12 de 2019

Dice Jonás



El pozo

*Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará;
porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran
tempestad sobre vosotros.*

Libro de Jonás 1, 12-13

Yo, Jonás, hijo de Amitai, pasé tres días y tres noches
en el vientre del gran Pez.

Y vi lo que nadie nombra, lo que nadie quiere ver:
la sangre oscura de la bestia, el líquido amniótico del sueño,
espejos que se duplican y reflejan la permanente fuga
/ de las cosas.

Yo, Jonás, hijo de Amitai, descendí hasta lo profundo
/ de la tierra,
me arrodillé en el útero del mundo,
vi lo que nadie quiere ver.

Permanezco lejos del ruido de los hombres.

Acá abajo, en el fondo del pozo,
ya no soy hombre ni mujer.

No tengo patria ni lugar de descanso.

Oscilo entre un abismo y otro abismo.

Que me tragó un monstruo con cabeza de dragón.
Eso dijeron los que conocen mi historia.
Los que juegan con palabras, los hacedores del engaño.

Eso dijeron.

Pero yo no recuerdo nada.
Sólo veo delante de mí una avenida interminable,
las luces lejanas de una fiesta,
el lento simulacro del planeta.

Cuando llegué al estómago del Pez
vi grandes bosques y montañas.
Vi lo que nace debajo del suelo,
lo que late y pugna por salir, lo que respira.

Vi pájaros en pleno vuelo, animales sin cuerpo.

Cuando llegué al estómago del Pez
olvidé mi nombre y el nombre de mis padres.

Me crecieron alas, garras
y una larga cola.

Se multiplicaron mis ojos.

En mis manos apareció
la eterna cifra del Exilio.

Entonces clamé al Cielo:

*Padre, Madre, corazón de la Tierra:
no te olvides de los que tienen hambre y sed,
de los perseguidos, de los que no pueden
levantar del suelo su osamenta,
de todos los que tiemblan debajo de tu cuerpo.*

No te olvides de los que tiemblan debajo de tu cuerpo.

El animal me escupió sobre la orilla del planeta.

Me levanté y lavé mis ojos con vinagre.

Junté mis miembros esparcidos en la costa
y caminé lentamente hacia la luz.

Recordé mi nombre y el nombre de mis padres.

Dice Jonás:

Que los pájaros del cielo devoren mi cuerpo.

Que los párpados del día se cierren sobre mí.

Ojalá yaciera yo en el vientre de mi madre.

Pero, ¿era un río o era un mar donde caí?

¿Volvía mi cuerpo del desierto?

¿Huía yo de la Voz de mis ancestros?

¿Iba hacia Nínive a anunciar la destrucción?

¿Fue antes de que naciera el Niño?

¿O fue en el siglo de las máquinas,

en el tiempo de la Bomba y de los ángeles acéfalos?

El destino es un color que se deslía.

Esa mañana embarqué en Jope,
en una nave fenicia.

Sobre la Colina del Manantial
el sol resplandecía.

Antes de partir alguien me habló de los cedros del Líbano,
de los barcos de Tarsis que atraviesan como una flecha
/ el horizonte
y se pierden del otro lado del mundo.

Al atardecer, mirando las últimas luces de la costa,
tomé la piedra dorada de mi tribu
y grabé sobre mi pecho mi nombre y el nombre
/ de mis padres.

El cielo es un sudario que se despliega y cae.

Pero, ¿acaso yo soy Pedro, el pescador?

¿Soy el que vino de Lida y resucitó a Tabita?

¿Soy el que duerme en la casa de Simón, el curtidor?

Abro los ojos y veo bestias y reptiles,
animales del aire, toda clase de cuadrúpedos.

Una voz repite en mi cabeza:

mata y come, mata y come.

Me preguntaron mi nombre,
me preguntaron mi oficio y mi lugar de nacimiento.

Les respondí: “Yo soy Jonás, hijo de Amitai.
Tírenme al mar y el mar se aquietará.
Arrójenme a la boca del abismo”.

Ellos dijeron: “Jonás, hijo de Amitai,
que la tierra eche sus cerrojos sobre ti,
que el alga se enrede en tu cabeza”.

Entonces la corriente me envolvió
y todas las olas pasaron sobre mí.
Vi lo que nadie quiere ver:
ciudades tragadas por el fuego,
engullidas por el soplo de las bombas,
arrasadas por el recio viento que viene del oeste.

Yo vi lo que nadie quiere ver.

Dice Jonás

¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?

Libro de Jonás 4, 11

Me quedo aquí:
en lo que fluctúa y cede, en lo que tiembla.

El viento del Señor pasó delante de mí.

Ahora voy hacia los lugares secretos.
Voy al corazón del mar, a la tormenta.

Soy como un vestido que se come la polilla.

¿Quién tocará ahora mi mano?

Nadie comprenderá este discurso.

Yo voy hacia lo que no deja huella,
hacia lo límpido, lo leve.

Voy hacia lo que se desliza y crece.

Acá abajo escucho
la respiración pausada de la muerte.

Hice mi cama en las tinieblas.

Soy como la piedra en la tierra,
como el fuego en la esfera del aire.

Ya no tengo carne en los huesos.

Todas las olas pasaron sobre mí.

Dice Jonás:

*La extensión de mi nombre
resplandece sobre el tajo de la sombra.*

Mi almohada es la espalda del desierto.

Señor, salgo de todas las cosas para verte.

En mis sueños
los ángeles subían y bajaban
una escalera que llegaba al cielo.

Apenas puedo hablar.

Vislumbro una verdad desnuda,
incomprensible.

La deidad habita en mi pecho:
yo soy todos, yo soy nadie.

Yo soy Jonás.

Me acuesto sobre la Piedra del Exilio.

Apoyo mis manos
debajo de un círculo de pájaros.

¿Cómo nombrar lo que se escapa,
aquello que vuelve y recomienza?

Pero, ¿es verdad lo que dicen?

¿Dejé mis huesos en el cuerpo del cetáceo?

¿Pasé tres días y tres noches en el vientre del silencio?

¿Me arrojaron los hombres al mar,

a la cavidad azul del precipicio?

Mi carne se disuelve.

Me envuelve ahora la desnudez del alma.

Y recuerdo los rasgos de la bestia:
mi cuerpo dentro de su cuerpo,
el cálido regazo de la sombra,
el feto de la luz, el embrión del nacimiento.

Espero los puñales del Señor.

Sí, tengo todo el peso del mar en mi garganta
y llevo sobre la frente la señal de las palabras del Santo.

Espero los puñales del Señor.

En esta noche oscura
avanzo en total desasimiento.

Bebo del pecho de la luz
una leche infinitamente dulce.

Duermo sobre la espalda del desierto.

El eremita

*Y salió Jonás de la ciudad, y acampó hacia el oriente de la ciudad,
y se hizo allí una enramada y se sentó debajo de ella.*

Libro de Jonás 4, 5

Aquí, sí, aquí me quedo:
donde se abre y cierra el ojo de la noche.

¿Qué tengo que decir?

Pongo mi mano sobre mi boca.

Para calentarme en invierno
recojo de los arbustos malvas y raíces de enebro.

Lo sé: ya no veré los arroyos ni los ríos.
Ya no visitaré las espléndidas ciudades.

Construyo mi casa en el desierto.

Mientras dormía en la bodega del barco
los hombres arrojaron sus pertrechos al mar.

El cielo giraba como una rueda de molino.

*¿Quién dejará de temerte Señor,
quién no alabará tu nombre?*

Cierro los ojos para ver.

Voy hacia un país lejano y silencioso.

Dejé mi alma
sobre la quebrada línea del paisaje.

En un grano de arena,
en una gota de agua me perdí.

Debajo de una calabacera recosté mi cabeza.

Y soñé con bosques y jardines, con ríos y montañas,
con una palabra que dice y desdice al mismo tiempo,
con una palabra que se tacha y renace.

Soñé con los confines del planeta.

En este mundo no hay direcciones.

Espero que Dios arroje su Verbo sobre mí.

Me aproximo al lugar del nacimiento.

No tengo patria ni lugar de reposo.

Me crecieron alas, garras y pezuñas,
brillantes dientes de león, espalda de lobo,
ojos de pájaro ciego.

Ojos de pájaro ciego.

Dice Jonás:

Mi voz vuela libre fuera de la Piedra.

Un ángel me mira el pecho, el corazón, las costillas.

Señor, salgo de todas las cosas para verte.

No es verdad lo que dicen.

Yo no anuncié la caída de Nínive.

No descendí al desierto.

Jamás atravesé el umbral de la muerte.

Nunca abrí mi boca.

Mi casa no tiene techo.

El soplo del viento la hace y deshace.

Sólo la habitan insectos, criaturas del aire,
el ojo y el cuerno de la noche.

Mi casa no tiene techo.

Diente blanco de la nada, corazón sin sombra.

Antes de arrojarme al mar
me amarraron con jarcias.

Y me dijeron al oído:
“Atraviesa la noche,
pinta como una barca tus alas con púrpura.
Junta la arena en las urnas.
Atraviesa la noche”.

Las aguas me arrastraron hacia el sur.

El cielo se repliega y cae.

Ya nada responde.

Apenas queda un signo que habla de otro signo,
un espacio sin espacio posible,
una voz que se repite,

una voz que se repite.

Cuento los días y las horas:
todavía puedo respirar.

Me desplazo en los Jardines del Aire.

Y hablo de lo que nadie quiere hablar,
de lo que se desliza y reptar, de lo que está en vilo
/ y permanece,
de todo lo que alrededor se hunde y se alza,
de aquello que sostiene todas las cosas.

Hablo de lo que nadie quiere hablar.

Vía Lucis



El que Es Sin defecto y Grande, ha tocado justo ahora una pequeña morada para que se vea un milagro y pueda formar letras desconocidas, y pronunciar una lengua ignota y también que pueda tocar por sí misma multiformes y armoniosas melodías.

Hildegard von Bingen, *Carta al Papa Anastasio IV*

Vía Lucis

El que Es Sin defecto y Grande
me habló a mí, que soy pequeña y triste,
para que pueda formar en mi mente letras desconocidas,
para que de mi boca salga un verbo nuevo,
una expresión más leve, una palabra que atraviese
los mares y las islas,
que resuene en los últimos términos de la tierra.

Sí, yo siempre estuve callada y guardé silencio.

Pero ahora Tu voz en mí se expande y multiplica
como voces de mujer que está de parto,
como voces de mujer que está muriendo.

Ahora Tu voz en mí se expande.

Cuando pase a través de las aguas del gran Río
no me anegarán sus corrientes.

Cuando salte en medio de las llamas
no me quemaré.

El que Es Sin defecto y Grande
me habló a mí, que soy pequeña y triste.

Lengua ignota

Pero,

¿cómo decir al mismo tiempo
que cuerpo que madre que padre
que madre que cielo que puerto del aire
que cielo que luz dorada del padre
que pozo que madre que cuerpo del padre
que padre que dios que cielo que madre
que madre que luz del pozo del aire
que cuerpo que luz que cuerpo que luz
madre?

¿Cómo decirlo?

Libro de las causas

Somos una forma que se alza del barro,
una ligadura del hálito de vida,
el peso corpóreo de la luz.

Somos los habitantes de los valles y montes del cielo,
los emisarios del esplendor, una olla
puesta a fuego intenso
que bulle y rezuma la espuma.

Somos el ojo del trueno,
el polvo de la tierra que se esparce,
los vientos del último día.

Infancia

Desde niña escucho Tu voz.

En el vientre de mi madre escuchaba los aullidos
/ de los ángeles:
aullidos de mi voz que eran mi voz de nuevo aullando.

Nunca se ha cortado ese cordón umbilical.

Gnosis

En el año 1141 después de la Encarnación de Jesucristo
el cielo abrió su boca
y una luz ígnea descendió como una llama en mi cerebro.
Era caliente como los rayos del sol y se desparramó
en todo mi corazón y en todo mi pecho.

De pronto comprendí
todo lo que una pobre criatura puede comprender.

El Árbol de la Vida

Somos frutos del Ojo Viviente:
nosotros fuimos en Él la sombra.

*Kéter, Jojmá, Biná, Jesed, Guevurá, Tiféret,
Netsaj, Hod, Yesod, Maljut.*

Mi alimento es un manjar invisible.

La caída

Escucho los lamentos de las almas que tienen cuerpo.

Desgajada de Dios,
arrojada a mi propia sombra espero
el golpe exacto de la Luz.

Aquí yazgo,
desnuda y sola.

Svicias

Yo no soy instruida:
sólo escribo lo que oigo y veo.

Hablo de un camino que se abre en el desierto,
de manantiales de agua en un país extranjero,
de un hombre con ojos de barro.

Hablo de Aquél que extendió los cielos
y fundó la tierra,
del que cumple siempre sus oráculos.

Sólo escribo lo que oigo y veo.

Nacimiento

Mi alma estaba muerta
y resucitó. Estaba perdida
y fue encontrada.

El calor del Verbo fecundó
la carne estéril de mis padres.

Vía Lucis

Yo sólo soy un instrumento.

Veo con los ojos del Espíritu,
escucho con los oídos internos.

Una cegadora luz retumba en mi cabeza,
escribe con letras de fuego en mi cerebro:
conoce los caminos.

Yo sólo digo lo que en los secretos celestes aprendí.

Hijo del Hombre

Todavía no está completo el número áureo,
de la tierra no ha brotado aún el Salvador.

Soporto en mi cuerpo la fatiga.

Te hablo a Ti, espejo del Padre.
Te hablo a Ti.

No se cerrarán Tus ojos antes de ver mi cuerpo
completamente adornado de piedras preciosas.

Cristo, Rey de los ángeles:
te muestro todas mis heridas.

Carta a Richardis von Stade

Somos como un pétalo que cae de una flor.

Toda persona, de un momento a otro
cede y tiembla.

Ya no puedo dirigir la mirada
hacia la viva Altura.

Madre mía, hija mía:
has sido arrancada de mí.

Como a una huérfana
me has abandonado.

Carta a Bernardo de Clairvaux

Que la melodía del Padre caiga en tu pecho,
que ese sonido arraigue en tu corazón
y levante tu alma.

¿Por qué duermes?

¿Por qué no tomas la resplandeciente gema,
ese diamante ebrio?

Carta a Gibert de Gembloux

Yo no puedo escribir como escriben los filósofos.
No soy docta. Sólo escribo lo que oigo y veo.

Mis palabras no están pulidas:
son *como una llama centelleante,*
son *como nube movida en aire puro.*

A veces veo una luz adentro de la luz
y de mi memoria es arrancada
toda tristeza y todo dolor.
Hablo, respiro y me muevo como una niña.

Yo sólo digo lo que en los secretos celestes aprendí.

Umbral

Abrumada bajo un cuerpo mortal
vivo bajo el manto de Tu Gracia.

Escupo el suelo y relleno con barro
el hueco en el vientre de mi madre.

Espero la visita del Ángel.

Naturaleza

Los robles y las encinas del bosque
me enseñaron Tu evangelio.

Todas las cosas repiten Tu Nombre.

Nacimiento

Atada a la carne estoy
y al alma invisible.

*Retira de mí tus ojos,
que me subyugan.*

Luz Viviente

Veo una sombra descender sobre la última línea del planeta.

¿Quién logrará uncir dos toros de aliento de fuego?

Ofrenda

Me colocaron en una caja repleta de violetas
y lloraron por mi suerte.

El simulacro duró tres días y tres noches.
Me sacaron del mundo.

Yo soy el diezmo de mis padres.

Puerta del cielo

Atravieso un círculo de aire.

Soy como un astro errante.

Hago mi casa con las piedras del camino.

Gnosis

Bebo del pecho de Jesús la profunda revelación.

Una voz resuena en mi cabeza,
me habla de un sitio que no tiene nombre,
de un río de agua viva y de las hojas de cierto árbol,
de una resina milagrosa.

*Veo un día que no tiene noche en su seno
y una ciudad que no necesita sol ni luna que alumbren en ella.*

Bebo del pecho de Jesús una leche dulcísima.

Rupertsberg

En verdadera visión te digo:
un viento fuerte me sostiene.

Yo me someto humildemente a la pobreza.

A mí, que soy pequeña y triste,
un viento fuerte me sostiene.

Génesis

Antes de nacer
me consagraron al silencio.

Soy ceniza de cenizas.

Alfabeto

Compongo palabras nuevas para nombrar
un collar, una pulsera,
el último anillo del cielo.

Digo *pez, madera, árbol.*
Describo un mundo sublunar.

Hablo del bendito vientre de las cosas.

Digo *ángel, santo, salvador.*

Libro de los méritos

En el noveno año de mi enfermedad,
una aparición verdadera me explicó
las diversas cualidades de las cosas creadas.

A mí, una simple mortal,
una voz del cielo me dictó
multiformes y armoniosas melodías.

La Cruz

En un aire puro me muevo y sueño.

Un niño vuelca en mi pecho
las secretas urnas del alma.

Abro mis piernas para que Dios habite
el lugar del rayo y la caída.

Patmos

A la edad de cuarenta y dos años y siete meses
una llama blanca descendió del cielo abierto
y sacudió todas mis vísceras.
Fui tocada por la santa divinidad.

El eterno resplandor me dijo:
habla y escribe lo que ves y escuchas.

Entonces la Luz Viviente abrió mis ojos
y vi las columnas que sostienen el planeta.
Vi al leopardo, al oso y al león,
un círculo de aire tenue, una rueda perfecta.

Sí, vi una mano que ata y desata al mismo tiempo.

Estas palabras son verdaderas y dignas de crédito.

Sinfonía

¿Dónde sonará la voz de tu inaudita melodía?

¿En qué cielo o alto mar,
en qué temblor de madre o tierra?

¿En qué refugio o carne que se fuga?

¿Dónde sonará la voz?

Bestiarum

Una única visión viaja en mi cabeza.

Mis ojos caen hacia el otro lado del espejo.

Veó una sombra que relumbra
y animales que pueblan
el fondo oscuro de la noche.

Viriditas

Soy ceniza de cenizas,
una pobre criatura falta de fuerzas.

Me balanceo como una pluma en el viento.

Un círculo de aire tenue me protege.

La sibila

Estoy repleta de los misterios de Dios.

Al mismo tiempo veo, oigo y sé.

Al mismo tiempo digo y veo.

¿Qué voz me lleva y me trae?

El tabernáculo

Dentro del diente del Sol arden ahora mis rodillas.

Mi cuerpo es el río, el desierto, la siesta de los lobos.

Anima mundi

Pero,

¿quién arma y desarma el esqueleto de los días?

¿Qué lengua explora las raíces del mundo?

¿Quién habla y vive en mí?

Luz Viviente

Una voz me levantó del suelo y me mostró
aquello que vive en lo antiguo de los días.

En la penumbra de los secretos
vi una esfera de fuego que avanzaba:
el alma se expandió a lo largo de los miembros,
el fuego asumió su puesto en la carne.

Útero radiante, llévame.

Yo soy la que he visto y oído estas cosas.

Oráculo

Los sacerdotes abren los códices.

¿Quiénes son éstos que parecen nubes?

¿Qué voz me lleva y me trae?

Patmos

Aquél que cuando cierra abre
me visitó una noche y me anunció
un mundo nuevo.

Vi entonces tres círculos de tres colores
y una circunferencia que giraba.
También vi una luz brillante alrededor
y una miríada de palabras que danzaban
formando extrañas constelaciones,
imágenes sin cuerpo.

Aquél que cuando abre cierra
me visitó una noche.

Visión

En una antigua cacería perdí a mis padres y a mis hijos.

Mi cuerpo era una música lenta, un agujero.

Ahora recuerdo:

una luz ígnea cantaba en mi cabeza,
los pájaros afilaban su lengua sobre mí.

Mi corazón era un cuenco de barro, un agujero.

Physica

Hablo de lo que no tiene altura ni peso ni forma ni color.

*La Palabra descendió al útero de la virgen
y se hizo carne.*

Cuando Tú abres, Padre, nadie puede cerrar.
Cuando Tú cierras, Madre, nadie puede abrir.

Yo soy pequeña y triste.

Historia natural

Dios imprimió estas visiones en mi alma.

Soy una mendiga,
mis manos sujetan
la última espiga del verano.

*Oh alma fugitiva, se fuerte y vístete
con la armadura de la luz.*

Hildegard von Bingen, *Ordo virtutum*

Hildegard von Bingen, la sibila del Rhin

Hildegard von Bingen nació en una familia noble alemana el 16 de septiembre de 1098 en Bermersheim. Al cumplir ocho años sus padres la entregaron como diezmo a la Iglesia. Polifacética, fue abadesa, líder monacal, mística, médica, compositora y poeta. Tuvo visiones desde niña.

En el año 1141 un acontecimiento único irrumpió en su vida. Un gran esplendor del que surgió una voz venida del cielo le dijo:

Oh frágil ser humano, ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre: habla y escribe lo que ves y escuchas.

Semejante visión afectó profundamente al núcleo de su ser. En su experiencia el gran esplendor no sólo es visible, también se oye. Como los grandes profetas visionarios, como Jesús, Hildegard von Bingen fue llevada a revelar aquello que permanece oculto, eso que el resto no conoce.

Murió el 17 de septiembre de 1179.

Kyrios



J'attends Dieu avec gourmandise.

Arthur Rimbaud

San Menas de Alejandría

(11 de noviembre. Padre del desierto. Anacoreta, mártir y taumaturgo)

Delante de un ícono de Santa María
mi madre rogó al cielo que le otorgara descendencia.

El ícono dijo:
"Amén será su nombre".

Desde ese día escucho el paso sigiloso de los ángeles,
la lenta caída en la temperatura de la muerte.
Desde entonces veo el giro de la luz,
la velocidad de Dios sobre los cuerpos.

Delante de un ícono de Santa María
mi Madre rogó al cielo.

Amén es mi nombre.

Amma María

(Hermana de San Pacomio. Fundó los primeros cenobios femeninos)

Me sacude el viento del Señor.

Estoy parada en el lugar del exterminio:
mi almohada es la piedra del camino.

Yo soy la santa de ojos torvos y cabellos hirsutos.
Soy la que olvida las señales del regreso,
la que incuba en la mirada
los huevos dorados del crepúsculo.

Soy la que duerme sobre el filo de la espada.

San Pablo el ermitaño

(15 de enero. Padre del desierto. Protector de los ermitaños)

Mis manos sostienen las columnas de la noche.

Tengo los pies descalzos,
las piernas atadas con el collar de la vigilia,
el corazón atravesado por un grito de palomas.

Mis manos sostienen los muros de piedra.

Llevo sobre los hombros el odre reseco de los días,
la ola de arena del destino.

Santa Pelagia de Antioquía

(8 de octubre. Ermitaña. La apodaban la *Venerable*)

Un día me hablaron de un Dios que bajo del cielo.
Me dijeron que una palabra de Su boca
levantaba a los muertos del sepulcro,
que Su mano detenía y desataba la lluvia.

Me dijeron que Su sangre era más dulce que la miel.

No quiero probar la almendra negra de la muerte:
voy a repartir mis bienes y mis joyas,
voy a ocultar mi nombre en un nombre de varón.

Kirie eleison, Christe eleison, Kirie eleison.

Mis pies se hunden en el borde del desierto.

San Juan estilita

(24 de mayo. Padre del desierto. Maestro de san Simeón estilita el Joven)

Les suplico que cumplan al pie de la letra
todo lo que el Santo dijo:

“No visiten las aldeas, no frecuenten
las casas de los hombres,
jamás pernocten en ellas.

No compren ni beban el fruto de la vid.

No tengan ni ovejas ni cabras ni caballos.

No le cierren la puerta a la viuda ni al anciano.

No coman por día más de tres pedazos de pan.

Nunca descuiden la oración.

No vayan a fiestas ni a banquetes.

No recorran las calles del mundo.

No oculten un cuchillo bajo la ropa.

No atesoren los huesos de los mártires.

Escondan bajo tierra sus ataúdes.

Aprendan a morir en silencio”.

Santa Emelia

(30 de mayo. Madre de Basilio Magno, Gregorio de Nisa y Pedro de Sabaste)

Como un barco
navego ahora hacia Tu Nombre.

Tus ojos se abren en lo oscuro,
iluminan lo que es nuevo y permanece.

Tus manos tocan
la piedra, el agua, el fuego.

El peso de Tu cuerpo me sostiene.

San Antonio Abad

(17 de enero. Protector de los animales, de los tejedores de cestas, de los enterradores y ermitaños)

Sostengo en alto mi corazón
como un escudo.

En mi carne derroto al enemigo.

Yo levanté mi casa entre las fieras:
el viento del desierto devoró mi piel,
las alimañas del monte
hicieron nidos en mi vientre.

Soy una columna que no puede derribarse.

Amma Domnina

(5 de enero. Anacoreta en Siria)

Olvidada por los hombres,
lejos de las ciudades y del mar
repito día y noche:
Santo, Santo, Santo.

Mi cuerpo es una herida interminable.

Me rodearon las bestias del desierto:
¿quién salvará mi alma?

Me rodearon y asediaron las sombras:
¿quién romperá el lazo de la muerte?

Olvidada por los hombres,
lejos de las ciudades y del mar,
riego con lágrimas el suelo,
espero la preciosa semilla.

San Lázaro estilita

(7 de noviembre. Padre del desierto)

El dios de los ciegos se paró delante de mí.
Apoyó su mano en mi cabeza y exclamó:
“Mis dedos tejen la cifra del diablo”.

De su lengua salieron un hombre y una mujer,
imágenes de bestias y reptiles,
animales del aire y del agua.

Él quiso mezclar su sangre con mi sangre.

Pero yo soplé en su rostro y mi soplo
se convirtió en un ángel de fuego.

Amma Sara

(13 de julio. Vivió sesenta años en una celda cerca del Nilo)

Con brasas de enebro caliente mis manos,
me abrigo con un manto de pelos de camello.

En este recodo del camino
escucho la música,
la plegaria que duerme en las piedras.

Mi cuerpo se abre en oración:
guardo en el pecho una letra de Tu Nombre.

Adonai, Adonai, Adonai

San Simeón estilita el Viejo

(5 de enero. Consejero del emperador Teodosio. Inventor del cilicio)

Habló en mi corazón Tu corazón.

El sol y el agua y el viento me dijeron:

“Cava, hijo de mujer,

asciende hasta alcanzar la sombra.

Cava, mastica la arena del desierto.

Cava, hijo mío.

A las fieras hay que atarlas con cadenas”.

La gente arranca pedazos de mi cuerpo,

busca reliquias en mi sangre,

me pide aquello que no puedo dar.

Amma Talida Abadesa

(3 de agosto. Madre del desierto. Abadesa del monasterio de Antinol)

Como una planta silvestre
vivo a merced del sol y la lluvia.

Estoy libre de tres guerras:
no hablo, no oigo, no veo.

Llevo las manos atadas al fulgor de lo que existe.

Cuando muera
Jesús romperá el cerco de mi carne.

San Simeón el Loco

(1 de julio. Patrono de los santos locos y de los titiriteros)

Yo dormí junto a los dendritas en el vientre de los árboles.
Me senté a la orilla del desierto y mastiqué el aire
con aquellos que buscaban la inmovilidad absoluta.
Yo caminé días y noches con los acemetas:
los ojos en blanco, la mirada perdida en la espalda
/ de las cosas,
la cabeza clavada en la pica del silencio.

Mis manos se extendían hasta el cuerno de la luna.

Ahora bailo desnudo en la plaza de Emesa,
abro los ojos de los ciegos,
bendigo a las prostitutas y a los locos.
Llevo en mi cuello la inmundicia de los hombres.

Amma Teodora

(Madre del desierto. Como Amma Sara, vivió cerca de Alejandría)

Nosotras no comemos ni bebemos ni dormimos.

En el desierto dejamos la vida
como una ofrenda.

Nosotras no tenemos padre ni madre ni hermanos.
Hemos perdido el tacto, el habla, la memoria.

Apenas escuchamos lo que repite el viento.

Sobre la arena vemos
el cuerpo y la sangre de Cristo.

San Onofre

(12 de junio. Protector de los tejedores y de los viudos)

El Ocultísimo puso Sus palabras en mi boca,
apoyó Su lengua sobre mi lengua.

Como un potente nadador
atravieso el mar en un segundo.

En mi mirada cabe el latido del incendio,
la entera manada de la luz:
veo la curva donde se quiebran las vasijas,
el punto donde la vida inicia su larga fuga invisible.

El que ata y desata las sandalias de la noche,
el que arranca el asta de los unicornios,
apoyó Su lengua sobre mi lengua.

Santa Macrina la Joven

(19 de julio. Virgen. Hija de san Basilio el Mayor y santa Emelia de Cesarea)

Del otro lado de la nube
me espera el día.

Señor, date prisa en socorrerme.

Yo gimo y lloro por los pecados del mundo.

Acá bajo escucho
el aullido de las bestias,
el trote lento de las horas.

Señor, date prisa en socorrerme.

San Hilarión

(21 de octubre. Fundador de la vida monástica en Palestina)

Espejo mágico:
en esta colina desando
el último anillo del corazón.

Mis manos escarban
la doble hélice del sueño.

En lo alto de la colina
soy una mano que atrapa
el gesto de la belleza de la muerte.

Santa Tecla de Iconio

(23 de septiembre. Virgen y mártir. Patrona de Tarragona)

El ojo de la eternidad se abrió en mi frente:
se desataron los dientes de la luz.

Ahora cae mi sangre como una fruta madura.

Los pájaros devoran la última espina del silencio.

Cuerpo, asno salvaje:
rebuzna, ladra.

San Efrén de Siria

(9 de junio. Padre de la Iglesia. Lo apodaban *El arpa del Espíritu*)

Les pido, queridos hermanos,
que olviden mi nombre.

Los perros salvajes desgarraron mi carne:
en mi cuerpo crece la semilla de la muerte.

Les pido, queridos hermanos,
que no me embalsamen con especias aromáticas.

No usen incienso ni perfumes.

Sobre la cruz del aire
desaten el nudo de mi alma.

Santa Macrina la Mayor

(14 de enero. Madre de san Basilio el Viejo. Abuela de san Basilio el Grande)

En este bosque las fieras
se dejan cazar dócilmente.

Dormimos sobre la estera del aire:
somos una barca sin remos.

Todos los caminos terminan
en la palma del martirio.

San Moisés el etíope

(28 de agosto. Taumaturgo. Monje mártir de Scete)

Con mis manos maté cuatro corderos.
Colgué sus pieles en el cuello de la luna.

¿Quién acogerá en su corazón tanta tristeza?

Santa Thais de la Tebaida

(8 de octubre. Discípula de san Pafnucio. Patrona de Alejandría)

Como una cabra medio muerta
llegué jadeando al umbral del desierto.

Me envolvieron las olas de la muerte:
mi alma fue llevada al cautiverio.

Ahora soy un sepulcro abierto,
un vaso de barro, un ave que huye.

¿Hasta cuándo, Señor?

¿Hasta cuándo?

San Juan Damasceno

(4 de diciembre. Lo apodaban el *orador de oro*. Patrono de los pintores)

El sol despliega su sudario y muere.

En este páramo
la patria es una isla, un sueño.

La piedra habla con la piedra.

En este páramo
el cuerpo es polvo y ceniza.

Santa Sinclética de Alejandría

(5 de enero. Madre del desierto. Anacoreta y virgen)

Señor, no me abandones.

No permitas que caiga en el fondo del pozo.

Sácame de la boca del león,
ahuyenta los lobos.

Cuando muera,
¿quién llorará por mí?

San Macario el Grande

(15 de enero. Ermitaño. Discípulo de san Pacomio)

Cae la luz en la luz.

Caen las torres del cielo.

El mediodía arroja
una lanza de oro entre los médanos.

Somos una línea en fuga,
una corriente que avanza,
el pecho abierto de la sombra.

Santa Paula de Roma

(26 de enero. Patrona de la Orden de san Jerónimo. Fundadora de monasterios en Tierra Santa)

Mis palabras son una espada:
cortan la médula del aire.

¿Quién se pasea en lo profundo del mar?
¿Dónde reside la luz?

En esta encrucijada
comemos en silencio la avena de los ciegos,
dormimos sobre la cruz del luto.

Mis palabras son una cuerda que ata
los cuatro extremos del mundo.

San Gregorio el Taumaturgo

(17 de noviembre. Padre de la Iglesia. Apóstol de Capadocia)

Llevo sobre la espalda el peso
del corazón sangrante del planeta.

Con mi soplo expulso los malos espíritus,
devuelvo la vida a los muertos.

Bereshit Bará Elohim

En mi lengua caminan
los niños y los ángeles.

Santa María de Egipto

(2 de abril. Ermitaña. Patrona de la vida ascética. Penitente)

Mi cuerpo avanza en línea recta.

Estoy sola, junto a los peces del aire,
parada en la reunión de los caminos.

El sol cae a pique.

Estoy sola.

Del otro lado del río me espera el Cielo.

San Simeón estilita el Joven

(24 de mayo. Hijo de santa Marta. Discípulo de san Juan estilita)

El paisaje aquí
es como una herida en la frente.

Pasan los hombres.
Pasan los hombres que entierran a los hombres.

El viento trae
un palmo de sol hasta mi cara.

Hace años que observo
lo que muestran y ocultan estas piedras:
la abierta herida de la luz,
el balbuceo secreto de las cosas.

Abba, ¿quiénes abren las puertas?

Amma Basa de Palestina

(Cirilo de Escitópolis se refiere a ella en una biografía de Eutimio)

Nadie recuerda mi vida.

Soy como una yacija abandonada,
como una choza que visita el viento.

Los años dibujaron
el mapa del dolor sobre mi cara:
los hombres pusieron en mi boca
toda la arena y la sal del desierto.

Soy una casa en ruinas.

San Julián el Anciano

(17 de enero. Combatió en Antioquía a los seguidores de la herejía arriana)

Y el Santo dijo:

“A los santos hay que buscarlos en la basura,
lejos del lecho de la luz,
sentados en medio de las moscas.

Hay que buscarlos entre los desperdicios,
mientras fuman en silencio la resaca de los días”.

El infierno es una bestia callada y triste.

Amma Eufrosia de Constantinopla

(Anacoreta. Taumaturga. Hija del gobernador de Licia)

Para soportar la lluvia y el viento
cubro mi cuerpo con telas de cáñamo,
duermo sobre la herida de la tierra.

Sí, en esta cueva escapo de las trampas del mundo:
no estoy sujeta a ley alguna.

Juego con serpientes y con lobos.

En esta gruta espero la llegada del mar,
la ola de fuego de la muerte,
una mañana poblada de niños y caballos.

San Pacomio de Tebas

(9 de mayo. Padre del desierto. Discípulo de san Palemón)

Somos animales desollados.

Vamos de un lado al otro buscando

una moneda perdida,

la piedra que crece en la mirada de los muertos.

Somos un árbol que apunta hacia la Estrella del Retorno.

Nuestros días tienen

la forma de una boca que respira.

Somos animales, sombras que se arrastran,

fantasmas que cavan en el suelo

un refugio para la flor de la gangrena.

Santa Alfreda de Crowland

(2 de agosto. Hija del rey Offa de Mercia. Virgen y eremita)

En este valle en sombras
usamos un disfraz de piel de rata,
una máscara de mono.

This is the dead land.

Aquí las piedras levantan su edificio de cenizas.
Aquí los labios besan el polvo y se marchitan.
Aquí se alzan las voces del desierto.

Cuando la tarde declina
damos vueltas alrededor de una cisterna seca.
Damos vueltas e imploramos.

Porque tuyo es el Reino, Señor.

Tuyo es el Reino.

Tuyo es.

San Daniel estilita

(11 de diciembre. Discípulo de san Simeón estilita el Viejo)

Sobre la cima del aire
toco la guirnalda que desteje el viento.

A mis pies
el mundo oscila y se transforma:
veo pasar los enseres de la guerra,
hombres y mujeres que despliegan
las señales del último día.

En mi cabeza crece
la antigua rosa del destierro.

Alma mía,
¿dónde me lleva el sueño?

Santa Juliana de Norwich

(8 de mayo. Su libro *Revelations of Divine Love* es el primer texto escrito por una mujer en inglés)

En la fiebre beso Tu rostro
y te escucho.

*All shall be well, and all shall be well,
and all manner of thing shall be well.*

Quiero vivir en la celda de Tu cuerpo.

Mi alabanza llega hasta los confines del mundo.

San Palemón

(25 de enero. Anacoreta. Maestro y compañero de san Pacomio)

Y levantándose,
reprendió a la arena del desierto, y dijo:
“Calla, enmudece”.
Y la arena besó el suelo.

Y cerrando los ojos,
amonestó a los vientos y a las piedras, y dijo:
“Vuelvan al seno de mi Padre”.
Y cayeron los pabellones del cielo.

Nadie recuerda estas cosas.

Santa Melania la Joven

(31 de diciembre. Esposa de san Piniano. Nieta de Melania la Vieja)

Como la cierva que brama en los arroyos
así mi alma Te busca en el desierto.

Sólo cargo una bolsa llena de semillas.

Las aguas impetuosas no pasarán sobre mí,
no tocarán mi cuerpo los dientes del león.

Como la cierva que brama en los arroyos
así Te busca mi alma, noche y día.

A propósito de Kyrios

Gracias a la lectura de estos poemas, volví a mis viejos libros de patrística. Esos textos inflamados de pasión, escritos con la belleza de la lucha en defensa del Jesús que había muerto recientemente y que se convertía, cada vez con más fundamentos, en el Cristo que salva.

Los poemas de este libro refieren ese momento en que los cristianos iban a dejar de ser perseguidos hasta la muerte para pasar a formar parte del poder imperial romano y sus instituciones. La disyuntiva planteada entre los jefes de la incipiente iglesia no era de sencilla resolución: los cristianos habían sido minoría en las urbes del imperio, y ahora, en el siglo IV, enfrentaban el desafío doble de conservar su identidad compartiendo el poder con Roma. Pero también debían catequizar a los rústicos campesinos que habían quedado fuera de su proselitismo y mantenían sus cultos locales: había que convencer (y si no, vencer) a los paganos mediante la conversión personal o la cristianización por las buenas o no de sus creencias religiosas.

Esta nueva realidad entrañaba varios factores de riesgo: el primero era ser parte del Estado y compartir, por eso mismo, la autoridad. Pero, también, había que honrar la memoria de los mártires, despejar las sospechas y desconfianzas hacia quienes habían claudicado o traicio-

nado en la época de las persecuciones y, fundamentalmente, había que enfrentar la secularización, ese fantasma que intentaba seducir a los bautizados para arrancarlos de los ámbitos de fervor religioso.

Por eso, hubo una importante corriente de cristianos que deseó volver a las fuentes. El éxodo al desierto para recrear allí pequeñas comunidades como las que habían surgido en el primer siglo tras la muerte de Jesús en las ciudades portuarias del Mediterráneo también apuntó a volver a los sitios originarios. En efecto, los que huían del mundo se concentraban en Palestina, Egipto, Siria, Anatolia, Libia.

Eligieron varias formas de vida: cenobitas, ascetas, eremitas, estilitas, monjes que practicaban oración y ayuno, y trabajaban en labores comunitarias para subsistir. Para ellos, el desierto dejó de ser el lugar maldito y se convirtió en sitio privilegiado del encuentro con Dios.

El éxodo de las ciudades fue protagonizado por mujeres y varones de diversa cultura, inspirados artística y literariamente, con sólida formación en las corrientes filosóficas contemporáneas (platonismo, estoicismo, misterios) y con rudimentos en teología. En todos los casos, eran cristianos adultos de reciente conversión, muchos herederos de las primeras comunidades de la era apostólica.

Sus comunidades eran destino de peregrinos que consultaban con estos monjes, abadesas y santas. Y aquí retorno a la poesía de Diego Roel: abades y abadesas, santas y santos, madres (*ammās*) y padres

(*abbas*) respondían con sentencias de gran belleza (apoteogmas) que incluían reflexiones, especulaciones teológicas, recomendaciones, consejos, aforismos, paradojas, parábolas.

Roel toma esas voces prestadas para recuperar “esa infinita riqueza abandonada” (Edgar Bayley). Comenzó sus ensayos con la palabra profética en *Padre Tótem*, y continuó con *Cuaderno del desierto*, tras el paréntesis de *Diario del insomnio*. Justamente esa palabra, que requiere de la épica para ser profecía, le resultó una carga demasiado pesada para un solo yo. Se requiere una voz flamígera. Roel había llegado a un punto donde no podía seguir encendiendo el lenguaje sin correr el riesgo de la autodestrucción. Su mística había llegado a una frontera y había constituido un límite difícil (si no imposible) de franquear indemne. Se encontraba en la instancia que Raúl Gustavo Aguirre describía al decir que “nuestros poemas avanzan con nosotros”, y muchas veces nos llevan la delantera, agrego yo.

Ante tanta intemperie, ante esa “insoportable noche”, el poeta Roel pidió más voces prestadas, disfrazó su yo, lo simuló y logró una ficción dramática con personajes como el profeta Jonás y la mística medieval Hildegard von Bingen (*Dice Jonás* y *Via Lucis*, respectivamente, ambos libros editados en 2015).

Recién entonces, estuvo en condiciones de decir “Recordé mi nombre y el nombre de mis padres” (*Dice Jonás*). La simulación le sirve para

crear un mundo poético extenuante, un bosque verbal que enseñoera, por antítesis, en ese desierto que describe a lo largo de tres libros ya.

Es con Jonás y con Hildegard von Bingen que encuentra la palabra que necesita, que se le concede para interpelar al abismo, al Altísimo, al que “Es Sin defecto y Grande” y cuya voz “en mí se expande”.

Justo en este punto se produce la operación poética de Roel. En *Kyrios* narra, mejor dicho, dramatiza, se pone en la piel de los estilistas (Simón el Viejo y Simón el Joven; Juan; Lázaro; Daniel), habla desde la kénosis de amma Sara (“en este recodo del camino / escucho la música / la plegaria que duerme en las piedras”); desde el mensaje escatológico de Juan (“no atesoren los huesos de los mártires / escondan bajo tierra sus ataúdes. / Aprendan a morir en silencio”); desde la existencia sentida como efímera de santa Emelia (“Tus manos tocan / la piedra / el agua / el fuego. // El peso de Tu cuerpo me sostiene”).

La ficción poética sostiene esta situación de rechazo de los padres del desierto a eso que el cristianismo primitivo denominaba genéricamente “el mundo”, que se prolongó en los siglos IV y V. El mundo como concepto negativo y antivital asociado al cuerpo, a la carne, a lo oscuro, en fin, al abismo en que el creyente puede naufragar si su fe no lo sostiene.

Roel pone en escena las voces de estas mujeres y estos hombres que con gran belleza rozaban lo poético y las recrea. Los datos

biográficos son exiguos y apenas permiten imaginar la escena: las fechas, los parentescos, las menciones geográficas, y las palabras que reproducen el incendio interior, el alma ardiendo y luchando, siempre hacia el límite como asomándose al otro lado de los bordes de la realidad, permiten hacer una analogía. La negación del mundo de esos santos y santas puede asimilarse en nuestros días a la negación del capitalismo y de la sociedad de consumo que destruyen el mundo que habitamos. En estos poemas hay un eco político, una pequeña asimilación al cansancio respecto de las cosas e instituciones que las sociedades crean y que suponen una amenaza para la verdadera vida.

En *Kyrios* la religión (re-ligare) de los padres y las madres le permite atisbar el alimento invisible que se encuentra en el desierto. No es casual que este libro comience con una cita de Rimbaud, un poeta que luego de componer los poemas más abrasadores hacia finales del siglo XIX, se despojó de su arte, proclamó que era necesario cambiar la vida y se zambulló en el desierto abisinio al final de un itinerario que enlazó Chipre, Indonesia y Yemen.

La poesía así surgida “de la confusión, la soledad, el derrumbe, nos habla de algo que no es ya confusión, soledad ni derrumbe. Porque nos habla y hace que le hablemos. Y hablar es superar todo eso, de alguna manera” (otra vez cito a Aguirre).

Todo concuerda: Roel, sus voces, Rimbaud. El desierto está más cerca de lo que se piensa. Acaso estos poemas, estas voces, sean hijas de la prédica con que Isaías anunció al Salvador. Acaso sean una tentativa donde la verdad y el error se hermanan. Y entonces, valgan sólo como tentativa. Es decir, como camino, como construcción, como indagación.

Así ya no será un saber religioso ni filosófico, sino poético, un saber que tendrá la austeridad de la poesía acunada en la intemperie. Quizás ahora habrán adquirido estos poemas su altura máxima, su profundidad más honda, su extensión más amplia, con una claridad que ilumina el pasado al que se refieren, el presente de la escritura y el ignorado porvenir.

Gerardo Burton

Neuquén, febrero de 2016

Bibliografía consultada:

Los dichos de los padres del desierto, colección alfabética de los apotegmas, Martín de Elizalde, (traducción e introducción); Bs As, Paulinas, 1986.

Los padres de la Iglesia, José Vives, Barcelona, Herder, 1971.

La causa de los pobres, causa de Dios, José González Faus, Barcelona, Cristianisme i justícia, 2015.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> de Inés Aráoz	7
Dice Jonás	9
Vía Lucis	63
Kyrios.....	111
 <i>A propósito de Kyrios</i> de Gerardo Burton	 153

Se terminó de imprimir en GRÁFICA SOLSONA SRL
Argensola 1942 - Tel./Fax (0351) 4723231
en el mes de Abril de 2020 - Córdoba - Argentina



